

ASTURIAS, A LA CABEZA DEL TURISMO ESPAÑOL

AQUEL viejo refrán castellano de que el buen paño en el arca se vende ya no sirve en la vida moderna. No hay más que echar un vistazo a los periódicos de todo el mundo y a las grandes revistas que se editan en Francia y América. Páginas enteras de papel satinado o de carísimo "cuché" se destinan a reproducir a todo color platos de repostería que nos hacen contener por un momento el aliento, y latas abiertas de espárragos, legumbres o botellas de "whisky". No hay que pensar que el jamón en dulce se consumiría sin necesidad de anuncios, o que la "coca-cola" se ha puesto de moda en todo el mundo porque nos gustaba más que nuestra antigua zarzaparrilla. Lo que ocurre es que en la vida moderna el mecanismo de nuestras pre-

dilecciones ha cambiado totalmente, porque las ciudades crecen vertiginosamente, hasta el punto de que nos vamos enterando de la mayor parte de las cosas, aun de las más importantes, por los periódicos.

Es evidente que, en virtud de las entrevistas que los diarios han publicado con algunos personajes de nuestro tiempo, el escritor ha tenido lectores, el arquitecto se ha puesto de moda y el torero ha firmado veinte corridas más y se ha anunciado preferentemente en los carteles.

Con frecuencia tenemos noticia de la más reciente excentricidad de Dalí por una fotografía aparecida en cualquier revista, lo cual hace pensar que el pintor catalán necesita de estos recursos para que su nombre suene fuera de los límites geográficos del Ampurdán.

También las ciudades necesitan cronistas que las pongan de moda. Ello no hará, desde luego, que su paisaje cambie ni que su aire se convierta en más beneficioso para la salud humana. Se trata únicamente de dar el recado, de transmitir la noticia de que hay un lugar en el globo por donde pasan ríos en los que pueden pescarse salmones o truchas. O viejos y pintorescos pueblecitos pesqueros. O deliciosas playas desconocidas. O núcleos montañosos para hacer deporte.

Porque el hombre de nuestro tiempo ha tenido que ir a las grandes ciudades, a encasillarse en monumentales edificios de hormigón armado. Ha tenido que utilizar la gasolina y el motor para trasladarse sobre el asfalto de un lugar a otro y necesita tener su escape, salir al encuentro con la Naturaleza.

Viene esto a cuento a propósito de una reciente conversación que hemos tenido con Ernest Hemingway, quien nos habló con entusiasmo de su estancia en Asturias en el año 1933, donde vino a pescar truchas y a conocer los Picos de Europa, de los cuales había oído hablar en Nueva York.

Es muy probable que el premio Nóbel americano vuelva a Asturias en el mes de septiembre con motivo de la corrida que torearán en Oviedo, mano a mano, Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín.

Con Asturias está ocurriendo una cosa singular, y es que todo el mundo habla de ella, en Alemania, en América y en el resto de España, como de las pirámides de Egipto.

—Los Picos de Europa son algo para mí inolvidable—decía Hemingway.

Pero Asturias no se ha querido dar a conocer, no se sabe si por orgullo o por modestia. Ha evitado el halago. Ha recibido a los grandes personajes que la han visitado con la antigua cortesía que caracteriza a los naturales de esta región, y los visitantes han salido de ella cautivados. Desde ese momento Asturias empezaba a procurar que la importante visita del sabio inglés o del novelista americano quedase en secreto entre los asturianos.

A la playa de Salinas venía asiduamente todos los veranos don Santiago Ramón y Cajal, gran entusiasta de Asturias, que seguramente había descubierto esta tierra por las novelas de don Armando Palacio Valdés, que fue durante muchos años el mejor embajador que tuvieron los asturianos en Madrid. Pero lo que dijo Cajal de Asturias nadie ha procurado publicarlo, pensando quizá que podría tomarse fuera como un alarde de vanidad regional.

Se han tomado en este aspecto los rábanos por las hojas y va es hora de que se diga quién entra y quién sale por estas puertas de Asturias, que siempre estuvieron abiertas al mundo y a quien quisiera franquearlas.

Pedimos para Ernest Hemingway un coto en cualquiera de los ríos salmoneros de Asturias, para que el gigantesco personaje se meta con sus botas de goma en el agua y pueda volver a subir a los Picos de Europa.

La vida cambia y esa vieja leyenda que se leía en las botellas de licor: "Esta casa no se presenta a concurso internacional", hay que cambiarla por otra que diga: "Asturias, a la cabeza del turismo español."

Marino GOMEZ-SANTOS